

# Robachicos. Historia del secuestro infantil en México (1900-1960)\*

VIRGINIE THIÉBAUT\*\*

ISSN (impreso): 1665-8973

ISSN (digital): en trámite

DOI: <https://doi.org/10.25009/urhsc.v20i40.2749>

## 1

Dar la posibilidad de sumergirse en un mundo desaparecido no es un resultado menor para un buen libro de historia cultural. El primer punto que me parece importante resaltar de la lectura de *Robachicos* es la manera en cómo, mediante el estudio de un fenómeno de sociedad —el secuestro infantil— la autora logra sumir a los lectores en un pedazo de espacio/tiempo: la Ciudad de México en las primeras décadas del siglo XX. Las numerosas y variadas ilustraciones —fotografías, carteles, volantes, imágenes, titulares de periódicos— de la época respaldan de manera eficiente el cuerpo del texto para lograr tal efecto. De la misma manera, los capítulos 3 y 4, que narran casos concretos de secuestro con mucho detalle —el de Fernando Bohigas en 1945 y

el de Norma Granat en 1950—, insertados entre capítulos más analíticos, ayudan a recrear el ambiente particular de aquella época y permiten a los lectores regresar a un mundo de antaño, cuando la alarma social, los rumores, las emociones colectivas y los prejuicios en contra de ciertas minorías se difundían en artículos de prensa y fotografías alarmistas y no mediante pantallas.

Aunque nos parezca ahora lejana, apenas se estaba desarrollando la sociedad que describe Susana Sosenski: era una sociedad con un proceso de urbanización rápido, en la cual se multiplicó el número de coches, lo que provocaba una sensación de acortamiento de las distancias y de ritmo acelerado al mismo tiempo; el espacio público fue considerado cada vez más como inseguro y amenazante. En esta sociedad se erigían a las mujeres como madres y protectoras de la niñez y, por lo mismo, se les atribuía la responsabilidad potencial de los secuestros de niños; se promovían asociaciones y esfuerzos para la protección de la

\* Susana Sosenski, *Robachicos. Historia del secuestro infantil en México (1900-1960)*, Grano de Sal, México, 2021, 278 pp.

\*\* Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales, Universidad Veracruzana, e-mail: [virginiathiebaud@yahoo.fr](mailto:virginiathiebaud@yahoo.fr)



infancia para evitar los plagios, para defender y controlar a los niños, considerados como objetos vulnerables sin voz ni derechos; se generalizaron ciertas figuras amenazantes y estereotipadas de robachicos, sujetos exteriores a la comunidad que los medios de comunicación y de entretenimiento, cada vez más numerosos y diversificados, difundieron de manera masiva durante las últimas décadas del estudio (tema que se aborda en el capítulo 5).

A partir de los años cuarenta, la percepción colectiva sobre el secuestro infantil cambió, lo que ilustra el caso de Fernando Bohigas. En esta década se dio un giro importante: los discursos fomentados por el nacionalismo posrevolucionario y las políticas de protección de la infancia, que buscaban la mejora de las condiciones de vida y luchaban en contra de la pobreza, perdieron prioridad frente a una corriente que privilegiaba a las clases medias y altas, criminalizando la pobreza, estigmatizando a las clases sociales bajas y manifestando además su carácter racista. En esta sociedad, la familia se volvió responsable de proteger a los niños de los peligros que los acechaban, en lugar de las instituciones.

## 2

Nos parece importante también señalar la dimensión espacial y territorial de este trabajo de historia cultural desde

la geografía. Las formas de habitar se transformaron radicalmente durante las primeras décadas del siglo XX en la Ciudad de México, con la aparición de nuevos barrios, la llegada masiva de poblaciones rurales, la división marcada del espacio urbano entre barrios acomodados y barrios populares, y la ampliación de la red de transporte público. Se crearon espacios nuevos, lejanos y poco accesibles, sin control ni acceso a servicios, habitados por desconocidos, y que rebasaban la escala humana, todas razones por las cuales fueron percibidos como peligrosos y amenazantes por gran parte de los capitalinos. La expansión urbana —fenómeno físico aunque difícilmente medible por las formas simultáneas y diversas que adoptó— llevó entonces a la construcción social del miedo. Un miedo al otro, al asesino, al delincuente y al robachicos, seres que podían esconderse y refugiarse en este espacio inmenso y en constante crecimiento. Como la casa, la vecindad y sus entornos se habían vuelto inseguros también (basta señalar que Fernando Bohigas fue secuestrado en el área común de la vivienda donde jugaba con los niños de la portera), se empezaron a promover, a partir de la década de 1950, espacios tranquilizadores y protegidos: los fraccionamientos cerrados. Daban la ilusión que el espacio privado se extendía más allá de la vivienda, que la vida cotidiana podía transcurrir en un círculo

cerrado (*entre-soi*) con toda seguridad; los vecinos, provenientes de las clases altas y medias, se encontraban protegidos por los muros que rodeaban las viviendas, aislados del mundo exterior, a salvo de las miradas y del alcance de los potenciales criminales. Los niños de estas clases sociales podían entonces moverse entre y dentro de diversos espacios privados (casa familiar, escuela, guardería), sin tener que transitar casi, o de manera breve, por el espacio público. En paralelo, adentro de las casas, se individualizaron los espacios, se propiciaron áreas apartadas de la vida adulta, específicas para los niños, como las recámaras individuales y las salas de juego.

Estos cambios, relacionados con los espacios privados y públicos, y perceptibles a distintas escalas —desde el hogar hasta la Ciudad de México en su conjunto— fueron ilustrativos de la emergencia de la nueva sociedad pos-revolucionaria.

### 3

Como lo indicamos al inicio, Susana Sosenski ha utilizada una amplia gama de fuentes primarias para realizar su trabajo de investigación. Ha revisado numerosas notas relacionadas con secuestros de niños en la prensa de la primera mitad del siglo XX (*El Nacional*, *El Tiempo*, *El País*, *La Voz de México*, *El Imparcial*, *La Opinión*, entre otros periódicos), que cita a veces parcialmente o cuyas fotografías y/o títulos reproduce en el libro. Ciertos de estos periódicos pertenecían a la prensa amarillista (como *La Patria*), otros eran órganos oficiales (como *El Nacional*, vocero oficial del gobierno entre los años veinte y noventa), otros difundían notas policíacas (*La Prensa*, *Alarma!*). Ciertos títulos y notas llaman la atención por su tono exagerado y sensacionalista; se entiende que la autora los usó para explicar los mecanismos de difusión del miedo y de la estigmatización de ciertos sectores de la población. Pasa, por ejemplo, cuando la autora se refiere a la mutilación de los niños secuestrados (pp. 45 y 46) y cuando explica cómo ciertos hombres negros o morenos fueron designados como responsables del secuestro de niños en la década de 1910 (en el apartado titulado “El miedo es de color negro”, pp. 63 a 72). En otros casos, sin embargo, por ejemplo, el de la venta y tráfico de niños (pp. 81 a 83), parece que las notas periodísticas se toman como fuentes de lo sucedido para destacar los precios alcanzados en este comercio y documentar el tráfico internacional de niños.<sup>4</sup>

<sup>4</sup> Para entender mejor la metodología de investigación y poder ubicarnos entre tantos títulos de periódicos —unos desaparecidos hace décadas, otros aún vigentes— nos hubiera gustado que la autora precisara en qué categoría se encontraban los diarios y cómo los utilizó. Son puntos de referencia esenciales en el texto, y su análisis fue, sin duda, central para conseguir los resultados expuestos.

Aparte de los periódicos, la autora se remite a otras fuentes, variadas y no menos valiosas, que abordaban el tema de los robachicos: fotografías, historietas, programas de radio, fotonovelas y películas. Presenta en el cuerpo del texto viñetas ilustrativas de las historietas que relatan secuestros, muy populares en la década de 1940; carteles de las películas que analiza en el texto (*Ladrones de niños*, *La infame*, *¡Ya tengo a mi hijo!*; en esta última, realizada en el año 1946, actuó el propio niño Fernandito Bohigas, víctima de plagio el año anterior); fotografías de lugares y personajes vinculados a secuestros del fondo Casasola de la Fototeca Nacional; hojas volantes que ofrecían gratificaciones o daban informaciones sobre niños desaparecidos; versos sobre los plagios, entre otros documentos.

El último capítulo, titulado “Robachicos en los medios de entretenimiento”, se concentra en estos medios y explica cómo se combinan (trans-

medialidad) al inicio de la era de la cultura de masas. Muestra de manera muy justa cómo las historias ficticias se inspiraron y se mezclaron con las de la vida real, atizando y amplificando los riesgos que corrían los niños en este espacio urbano incontrolable, contribuyendo así a la difusión del miedo y a la configuración de un imaginario sobre los robachicos.

Para concluir, se puede afirmar que la obra cumple con las expectativas de los lectores y con su cometido de libro de historia cultural. De lectura agradable, sustentado en fuentes diversas utilizadas de manera adecuada, el libro estudia un complicado fenómeno social sin caer nunca en el sensacionalismo o las explicaciones fáciles. Reconstruye la realidad de una época en sus dimensiones geográficas, sociales y culturales, mediante un análisis riguroso y realizado con base en la revisión de una bibliografía fundamentada y completa.